

parecido á un sepulcro; aquel cazador incansable se retorcia de pena en su jaula propia de encarceladas fieras; aquel galanteador, que á todas horas iba de fiesta en fiesta, creíase como enterrado vivo en su soledad de penitente: cansado de escribir, herido al golpe de los desdenes imperiales; sin mas compañía que sus carceleros y su guardia, dábase á la lectura de los libros caballerescos, y los gigantes, los endriagos, las batallas fabulosas, las damas de los torneos fantásticos, las aventuras legendarias y dramáticas, los castillos encantados, las dueñas doloridas, los reinos trazados en los espejismos de las imaginaciones calenturientas entretenian por algunas horas sus ocios y daban algun vagar y algun consuelo á la tristeza de sus pensamientos.

Pero estos esparcimientos del ánimo no bastaban, no, á contrastar las tristezas de la prision. Así la vergüenza, la ira, las humillaciones llegaron á postrar al Rey en tal extremo que se le creía por todos próximo á la muerte. Un tumor en la cabeza, un desfallecimiento general en los nervios, una fiebre altísima le arrastraron casi al borde del sepulcro. En los campos de Segovia se encontraba el Emperador distraido de los negocios del gobierno con los placeres de la caza, cuando le notificaron la triste nueva de la terrible enfermedad de su prisionero. Saberla y sentir que la presa se le escapaba; sentir que la presa se le escapaba y lanzarse con toda rapidez en el troton de la carcería hácia Madrid para consolar y sostener al régio enfermo, fué obra de un momento. En breve tiempo devoró el espacio. Los grandes de España, que le acompañaban, apenas podian seguirle; tanto era el anhelo de su alma y la celeridad de su viaje. Entre nueve y diez de la noche arribó al palacio de Madrid y entró en la cámara del cautivo. El Duque de Montmorency le alumbraba con un hachon de cera y el Virey de Nápoles Lannoi le seguia, habiéndose quedado fuera los demás acompañantes por no molestar al régio enfermo. En cuanto este vió á su imperial carcelero, incorporóse en la cama, inclinó humildemente la cabeza, cruzó las manos, y llamándose á boca llena esclavo, encomendó con acento y mirar apagados la suerte de sus hijos á la misericordia de su vencedor. Carlos V, que tantas esperanzas libraba en la cautividad del Rey de Francia y que tantos proyectos de engrandecimiento urdia sobre sus humillaciones, trató de consolarle para devolverle el ánimo y con el ánimo la salud, la cual se acabara por siempre, de no venir la célebre Duquesa de

Alenzon, la inolvidable Margarita de Navarra, la hermana del Rey caballero, la autora de los cuentos galantes que todo el mundo conoce, la musa verdadera de la dinastía y del reino de Francia con poderes de su madre la regente á derramar un rayo de esperanza en el seno de aquella sombría desesperacion.

Si en los primeros momentos la presencia de tan amada persona reanimó al Rey, una crisis, sobrevenida á los tres dias, quitóle el movimiento á su cuerpo y á su espíritu el habla. Francisco I parecia un cadáver. Viéndole frio, rígido, casi exánime, la pobre Duquesa levantó un altar en la prision de su hermano, oyó misa con todo su séquito; y bañada en lágrimas, á la hora de consagrar y consumir, pidió para sí la mitad de la hostia, y dió la otra mitad al monarca, logrando de esta suerte un sacudimiento nervioso en el enfermo, y con este sacudimiento que el tumor de la cabeza se le reventara por la parte de fuera y que el desmayo se convirtiese con prontitud en una completa reanimacion.

Convaleciente aun el Rey de Francia, personóse en Toledo Margarita de Valois, para tratar del deseado rescate. A una legua de la imperial ciudad la esperaba el Duque de Medinaceli; en la famosa plaza del Zocodover la recibia el Emperador Carlos V, al pié de aquella cuesta que está al poniente del maravilloso alcázar en cuyo patio y escalera el Emperador se sentia dueño de la tierra. Verdaderamente seria de ver tanto heraldo con sus dalmáticas, tanto paje con sus ropillas, tanto caballero en hacaneas y alazanes, tanto príncipe de la Iglesia, tanto grande de España, y como el sol entre los planetas, el Emperador, jóven de veintiseis años, apuesto, galan, vestido con el gusto que nos muestran todavía los deslumbradores retratos del Ticiano, quitándose su sombrero ceñido de plumas, é inclinando su cabeza, por el peso de tantas coronas abrumada, en presencia de una dama que reunia indudablemente á la hermosura de su rostro y á los prestigios de su rango los deslumbradores reflejos de un agudo y soberano ingenio. Pero nada puede el calor de la hermosura para derretir el hielo de la política. Carlos V estuvo cortés hasta el extremo, como cuadraba ciertamente á un caballero, pero cruel tambien como ciertamente cuadraba á un Emperador de su temple. Así pidió el Ducado de Borgoña perteneciente á su abuela María, la renuncia á toda pretension sobre

el reino de Nápoles, sobre el Ducado de Milan, sobre el Condado de Asti, sobre la Señoría de Génova; la ruptura del lazo feudal que unia Flandes con Francia; la extension de los Países Bajos hasta Montdidier; la vuelta al Imperio de los Condados de Macon y Anser y del Vizcondado de Ausona; la rehabilitacion del Condestable Borbon en todos sus cargos y en todos sus dominios; la entrega de los aliados señoriales de Francisco I, desde el Duque de Gutemberg hasta el Rey de Navarra; la obligacion en Francisco I de ser un aliado de su corte, un general de su ejército, una especie de feudatario suyo que le acompañara constantemente en sus excursiones guerreras á Italia y Alemania y en sus vastos proyectos contra el Turco.

Naturalmente Francisco I habia de resistirse á tales pretensiones, y resistiéndose á tales pretensiones, habia de prolongar su duro cautiverio. Cansado ya de aquella larga prision, resolvió darse á partido, y para precaver las eventualidades probables de lo porvenir y conjurar las concesiones arrancadas á su desgracia, encontró un medio: desdecirse de todo cuanto dijera y revocar todo cuanto pactara. Así, en su propia prision y en presencia de los suyos, declaró de antemano dar por no hecho todo cuanto pudiera hacer en daño de su autoridad y de su reino, como caso de fuerza mayor arrancado á la impersonalidad de un verdadero siervo. Con este ánimo ya pudo firmar la paz de Madrid.

Duras fueron sus condiciones. Pactaban paz de amistad eterna entre los vasallos que en lo presente habian y en lo porvenir hubieran; treguas de todas las guerras pendientes; devolucion á Carlos V del Ducado de Borgoña con sus anexos; delibranza del rey Cristianísimo, pero á cambio de rehenes entre los cuales se señalaban sus dos hijos mayores y gran número de potentados de Francia; renuncia por completo á toda pretension así en el Norte de Italia como en el Mediodía, así en el condado de Flandes como en el condado de Artois; liga ofensiva y defensiva; matrimonio de Francisco I con la viuda del rey de Portugal doña Leonor, quien deberia ser dotada con riquísima dote; obligacion del rey francés á imponer á la casa de Albret abandono completo de todas sus aspiraciones antiguas al reino de Navarra, así como al conde D. Carlos de Güeldres abandono completo tambien de todos los feudos de su nombre y de su procedencia poseidos á la sazón por Carlos V;

rompimiento eterno entre el Estado francés y el duque Ulrico de Viertinnetga, y con Monseñor Roberto de la Marca; pago al Rey de Inglaterra de todas las indemnidades que pudiera pedir al Emperador; deber de afianzar la amistad entre el Imperio y el Pontificado; entrega de innumerables feudos al Duque de Borbon y á sus partidarios; suelta mutua de los sendos prisioneros de ambos potentados; reinstalacion en su dignidad de todos los dignatarios eclesiásticos despojados de ella; ventajas comerciales para Cataluña en las provincias de Francia; reconocimiento del derecho de Margarita de Austria sobre algunos feudos de Francia; intercesion á favor de la reina Germana, viuda de Fernando el Católico, para que adquiriera propiedades antiguas, á las cuales se creia con derecho; restitucion del principado de Orange al príncipe de su nombre; restitucion de sus feudos á Felipe de Croi, y á Enrique de Nassau, y á Astolfo de Borgoña, y á Carlos de Pompet, y á Guillermo de Vergi, y á Antonio de Salucio, y al Prelado de Grasa, y al señor de Lus, en fin, á todos los amigos del Emperador y enemigos del monarca.

Esto era durísimo para el vencido de Pavía; mas, en el estado en que las cosas se habian puesto, no le quedaba otro remedio que oponer á mal tiempo buena cara, y aceptar, siquiera fuere contra su grado, y con mentales reservas, la desmedida imposicion. El primer acto en que se demostró la resolucion de Carlos V por el cumplimiento de su concordia, fué el desposorio de Francisco I, á quien arrancara, estando enfermo, palabra de casamiento con su hermana Leonor. Despues de esto, aunque celado siempre y tenido entre guardias de vista, y acompañado por un piquete que podria llamarse de carceleros, el Rey Francisco marchó, en compañía del Emperador Carlos, á visitar en Illescas á su novia doña Leonor. Recibióle de rodillas esta, y él la alzó del suelo y la besó en los labios. Luego, tan alta señora, por otras damas de la nobleza castellana seguida, bailó al modo español, en presencia del monarca, quien, aparentando holgarse mucho de todos estos regocijos, reíase á hurtadillas y para su capote del singular papel que representaba, requiriendo, tierno y anheloso, de amores á su prometida entre una espesísima nube de guardias, carceleros y esbirros. En esta correría, Carlos llamó aparte á Francisco, y en vivo lenguaje le conjuró á que cumpliera lo pactado, haciéndole notar cómo, de lo contrario, apareceria cual un embustero y cobarde

á los ojos del mundo. Francisco I, que tenia revocado por juramento secreto lo prometido por juramento público, reiteró su palabra de honor, y afirmó con mayor empeño y claridad sus anteriores compromisos: tal caballerosidad gastaba el rey caballeresco.

Por fin, llegó la hora de lo que llamaban los clásicos de nuestro siglo décimosexto la delibranza del Rey. A fines de febrero partióse de Madrid, y llegado á la ciudad de Aranda, convino con los apoderados de Carlos V, todos los términos conducentes al cambio de su estrecho cautiverio por la deseada libertad. El día del arribo al Bidasoa veíase limpio de barcas el rio y de gente militar todos los alrededores. Las mismas escuadras de ambas naciones abandonarían el golfo de Vizcaya. Mientras tanto acercábase la Reina madre á la frontera de España, llevando consigo, como prometidos rehenes, sus dos nietos mayores, destinados á triste y largo cautiverio. Por fin, el 20 de marzo, segun la letra del tratado, cumpliósese la delibranza de Francisco I. En medio del rio habia una especie de ponton, fuertemente anclado y encadenado; dos barcas, remadas por igual número de remeros y llenas de igual número de personas, dirigíanse la una, desde el lado del territorio español, y la otra, desde el lado del territorio francés, conduciendo aquella al Rey que cobraba su libertad y esta á los príncipes que iban al cautiverio. Llegadas ambas embarcaciones al centro del rio, donde el ponton se levantaba, besó y abrazó Francisco I á sus desdichados hijos, entregándolos á la barca en que acababa de venir, y tomando la de ellos, ganó la orilla con presteza, pisó su tierra con júbilo, saltó en brioso caballo con desvanecimiento, abrió el pecho con desahogo como para respirar el aire de la libertad, y dando gritos de regocijo semejantes al relincho de un potro, exclamó en palabras entrecortadas por su regocijada emocion: «Al fin soy rey.»

Mas el primer acto de tan excelso rey, de tan cumplido caballero, fué desdecirse de su propia palabra y revocar, perjurando, la concordia convenida con el emperador Carlos V. So pretexto de falta de libertad en la hora de pactar, y allende esto, de falta tambien de medios para impeler á los borgoñeses á la aceptacion del cambio de soberano y señor, declaró que no cumpliría cláusulas tan dañosas á la integridad de su reino y al esplendor de su nombre. Y no solo se negó al cumplimiento de lo convenido, sino que ha-

biendo llegado á Cognac, encontróse allí con poderosos reclamos en favor de una alianza bastante poderosa para poner miedo en el ánimo de Carlos V y atajarle el paso á la monarquía universal. Venecianos, florentinos, milaneses pedían á una la celebracion de amistosa concordia, para oponerla vigorosamente á las ambiciones imperiales. ¿Quién era el verdadero espíritu de esta liga? ¿Quién la movía é impulsaba con soberano impulso y movimiento? ¿Quién la encabezaba como para traer sobre su corona el rayo de la cesárea cólera? ¿Quién? El papa Clemente VII. La ingratitude entra por una gran parte, á la verdad, en toda política, y especialmente allá, en la política florentina. El bastardo de los Médicis, elevado á la Sede Pontificia por la poderosa influencia del emperador Carlos V, contrastaba el poder á quien lo debia todo, llevado de un temor muy grande al eterno enemigo de su autoridad, al rival de la tiara pontificia, que dueño de Alemania y de Sicilia y Nápoles, contra todas las tradiciones romanas, acampaba con una parte de su ejército en el Milanesado, se dirigia con otra hácia Toscana, y asediando á Roma por el Norte y por el Mediodía, estaba próximo casi á suprimir la independencia de Italia y á oscurecer la autoridad del Papa.

Terrible caso este para los enemigos de la revolucion religiosa. Carlos V, que creia en la paz con Francia; que acababa de contraer matrimonio con la infanta de Portugal Isabel, portadora de cuantiosísima dote; tenia el propósito de ir al corazon mismo de Alemania y ahogar con las armas aquella rebelion de las ideas. Pero, desde el punto y hora en que la Cristiandad se le venia encima, por el Papa encabezada, no tenia mas remedio que abandonar todo proyecto allende el Rhin y sostener su dominacion allende los Alpes: necesidad apremiante, por los sucesos traída, y que solo aprovechaba, en último resultado, á la revolucion y solo desaprovechaba al Pontífice. Este parecia cambiado en los momentos de fundar la liga. Su reserva se trocó en elocuencia, sus irresoluciones en decision, su incertidumbre antigua en firmeza, su humildad ante el Emperador en soberbia, y cuando el representante de este fué á preguntarle si estaba por la guerra, contestóle que ya se lo dirian sus clarines. Todo lo habia olvidado el florentino, las recomendaciones en favor suyo al pontífice Adriano, de parte del Emperador; la negativa opuesta con tanta tenacidad por este al cardenal de Volterra, que negaba la